

EL CASO DE ANDRÉS



ALAVAREYES
CENTRO DE PSICOLOGÍA

(Extraído de María Jesús Álava Reyes:
El no también ayuda a crecer. La Esfera de los Libros, Madrid, 2010)

PEQUEÑOS TIRANOS. RABIETAS Y AGRESIVIDAD

Andrés era un niño de dos años y seis meses, que tenía a sus padres literalmente “aburridos”.

En la Escuela Infantil su conducta no presentaba problemas significativos; era un niño sensible, inquieto y afectivo, que disfrutaba con las distintas actividades y se relacionaba perfectamente con su profesora y sus compañeros.

Por el contrario, en casa era un “pequeño dictador”; en cuanto le negaban algo, rápidamente se tiraba al suelo, pataleaba y chillaba como si le estuvieran matando.

Podía pasarse diez o quince minutos en esta actitud, “gimoteando y quejándose lastimosamente”, sin saber ya ni por qué lloraba y, mucho menos, sin encontrar la forma de terminar la escena.

Sus padres tampoco tenían muchos recursos para estas ocasiones; la madre, además, se encontraba muy preocupada, pues el niño se quedaba literalmente “ronco”.

Según las circunstancias, unas veces cedían (la mayoría), aunque el niño seguía agresivo aún un rato; otras, le consolaban; en algunas ocasiones, le chillaban, le amenazaban, o se ponían a discutir entre ellos.

Los registros nos mostraron un caso típico y característico de rabieta controlada.

Andrés era un niño muy observador, bastante pendiente de la actitud de sus padres, que se desestabilizaba ante dos hechos muy precisos: a) cuando veía a sus padres inquietos o alterados por algo, y b) cuando él estaba cansado o con sueño.

Normalmente, los padres reaccionaban con bastante inquietud y nerviosismo, por lo que le transmitían inseguridad, y la situación se hacía cada vez más insostenible para todos.

Las pautas fueron muy claras: en primer lugar, intentarían hablar más con el niño, acercándose afectivamente, con buen ánimo, mostrándose sonrientes y relajados, jugando alternativamente con él, y permitiéndole que él también tuviera sus pequeños espacios solo.

Cuando Andrés iniciase sus rabietas, pondrían cara de disgusto y, según la intensidad de las mismas, no le prestarían atención y se irían a otra estancia de la casa, y desde allí, para ayudarle a terminar la rabieta, al cabo de unos minutos le llamarían para alguna cosa atrayente (como si nada hubiera pasado); o bien cortarían la situación desde el primer momento, cuando fuera imposible seguir la otra opción (por ejemplo, cuando debían salir de casa para ir a la escuela, cuando era la hora de acostarle, bañarle...).

La forma de terminar la escena sería hablarle con calma, pero cogiéndole con firmeza, para llevarle al baño y mojarle un poco la cara, a la par que le diríamos, con buen tono, alguna frase de distracción que le permitiera salir airoso de la situación; por ejemplo: *“Bien, Andrés, entonces hoy verás a Marcos y le podrás enseñar tu nuevo juego”,* o *“Esta tarde te iremos a buscar muy pronto, en cuanto terminemos de trabajar, ¿vale?, ¡pues adelante!”*.

Normalmente, los niños se quedan muy sorprendidos ante estas salidas y con ojos de asombro asienten a lo que les decimos, pero si persisten en su rabieta, sencillamente ¡actuaremos!: saldremos de casa, o les llevaremos a la cama, o al baño..., de forma resuelta y con seguridad, **pero sin que nos vean tensos**.

En esos momentos da muy buen resultado que los padres hablen entre sí con calma, y al cabo de unos minutos le den al niño la posibilidad de entrar en la conversación.

Andrés, como era de esperar, se mostró muy sorprendido ante el cambio de actitud de sus padres; **les probó media docena de veces más y, cuando comprobó que siempre pasaba lo mismo, dejó de hacerlo**; su actitud en casa seguía siendo observadora, **pero se mostraba más relajado, más tranquilo, de mejor humor y más “parlanchín”**.

Sus padres pronto se tranquilizaron y admitieron que tenían un niño “listo y sensible”, que de vez en cuando necesitaba sentirles seguros y tranquilos, especialmente cuando él no sabía cómo salir de los pequeños “líos” en que se metía.

El caso de Andrés es muy típico y característico de estas edades; nos hemos encontrado multitud de veces con situaciones parecidas, y siempre que los padres adoptan una actitud segura, tranquila, pero clara y firme, los niños reaccionan rápidamente.